

18 de mayo. Quinto Domingo de Pascua

De los Hechos de los Apóstoles (He 6,1-7)

Como el número de los discípulos aumentaba, los griegos se quejaron contra los hebreos porque descuidaban a sus viudas en el suministro cotidiano. Los doce convocaron a todos los fieles, y dijeron: «No está bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. Elegid, pues, cuidadosamente entre vosotros, hermanos, siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y nosotros les encomendaremos este servicio; nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la palabra». Agradó la proposición a toda la asamblea, y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe y Prócoro, a Nicanor y a Timón, a Parmenas y a Nicolás, prosélito antioqueno; los presentaron a los apóstoles, los cuales, después de orar, les impusieron las manos. La palabra de Dios crecía, el número de los fieles aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos sacerdotes abrazaban la fe.

De la Primera Carta de Pedro (1Pe 2,4-9)

Acercaos a él, piedra viva, rechazada por los hombres, pero escogida y apreciada por Dios; disponeos como piedras vivientes, a ser edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales agradables a Dios por mediación de Jesucristo; pues dice la Escritura: Yo pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; el que crea en ella no será defraudado. Para vosotros, los creyentes, es piedra de gran valor. Para los incrédulos, en cambio, la piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular piedra de tropiezo y roca que puede hacer caer. Tropiezan precisamente porque no quieren creer en el evangelio a eso es a lo que estaban destinados. Vosotros, por el contrario, sois linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad, para anunciar las grandezas del que os ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa.

Evangelio según San Juan (Jn 14,1-12)

Dijo Jesús: «No estéis angustiados. Confiad en Dios, confiad también en mí. En la casa de mi Padre hay sitio para todos; si no fuera así, os lo habría dicho; voy a prepararos un sitio. Cuando me vaya y os haya preparado el sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros; ya sabéis el camino para ir adonde yo voy». Tomás le dijo: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?». Jesús le dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre. Y desde ahora lo conocéis y lo habéis visto».

Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le dijo: «Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que os digo no las digo por mi propia cuenta; el Padre, que está en mí, es el que realiza sus propias obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Creedlo al menos por las obras mismas. Os aseguro que el que cree en mí hará las obras que yo hago y las hará aún mayores que éstas, porque yo me voy al Padre ».

Lo que toca hoy es caminar

La lectura del evangelio de hoy nos ofrece asomarnos a la Última Cena, pero desde la perspectiva de quien sabe que Cristo ha resucitado. Después de la Pascua, los primeros cristianos comenzaron a reunirse cada semana para recordar aquella cena. Al repetir los gestos y las palabras de Jesús en aquella noche, podían percibir su presencia.

En la escena narrada por el evangelista Juan, Jesús se está despidiendo, sabe que lo van a matar. Les dice que “marcha a la casa del Padre”, donde va a prepararles sitio. Pero apenas empezamos a imaginar sobre cómo será esa “mansión de muchas moradas”, Jesús cambia el rumbo de la conversación y trae nuestra atención de nuevo a la tierra: “a donde yo voy, ya conocéis el camino”. Jesús no quiere que perdamos el tiempo con especulaciones sobre el más allá: lo que cuenta hoy es el camino.

Y ese camino es Jesús. Él es el “camino, la verdad y la vida”. Mientras marchamos hacia la plenitud del encuentro con Dios, eso nos basta y nos sobra. “A Dios nadie le ha visto jamás” (1Jn 4,12), pero el que ha visto a Cristo ha visto al Padre. Cristo es el Misterio de Dios en un rostro humano, en sus ojos vemos el infinito de la divinidad. En Él, la verdad no es una teoría abstracta, al alcance solo de una elite intelectual, es la revelación del verdadero rostro de Dios en su rostro humano. En Él, la verdad es vida.

Hacer el camino que es Jesús es acoger como él a los que peregrinan por la vida junto a nosotros –creyentes y no creyentes– y compartir con los que tienen menos que nosotros y pasan necesidad. Guiados por la esperanza, no podemos visualizar con nitidez el futuro, pero conocemos el camino: Vivir con la simplicidad, la alegría, la misericordia de Jesús.

En su Primera Carta, Pedro llama a todos los bautizados –no solo a los ordenados como sacerdotes– a edificar un “sacerdocio santo”. El reconocimiento de que todos los cristianos somos sacerdotes fue uno de los grandes redescubrimientos de la Reforma protestante, que el Vaticano II acogió –cuatrocientos años más tarde– en la Constitución *Lumen Gentium* (número 10). Los cristianos –todos y todas– somos sacerdotes, es decir, mediadores entre los hombres y Dios.

El papa Francisco nos ha recordado en qué consiste esta mediación: anunciar con nuestra vida la alegría del Evangelio. Timothy Radcliffe, ex-Maestro General de los Dominicos, escribió hace algunos años: “La gente sería atraída hacia el Evangelio si encontraran en nosotros una alegría inexplicable, que no tendría sentido si Dios no existiera. Serían atraídos y estarían atónitos ante nuestra alegría”. Cristo resucitado vino para anunciar una fiesta de la que nadie está excluido.

Jesús dijo que “quien me ha visto a mí ha visto al Padre”, y en otro lugar “cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mt 25,40). En el rostro de cada ser humano, especialmente en el del más desprovisto, podemos descubrir la mirada de Cristo y el Misterio infinito de Dios.